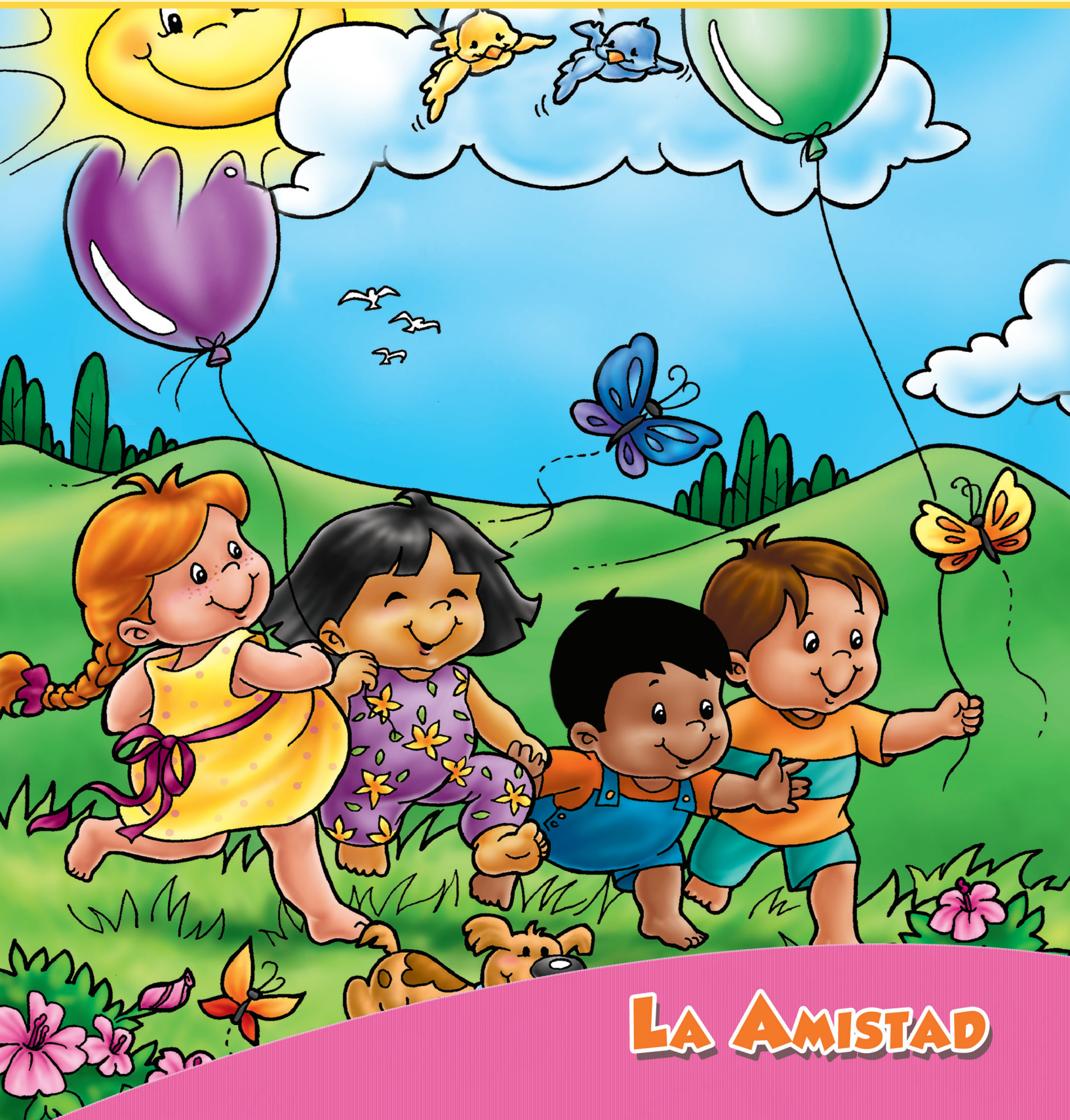




Formación en valores



LA AMISTAD



Contenido:

El regalo más grande	4
Jaimito y los chicos de la calle	7
La tortuga que mordía.....	10
Alguien te necesita.....	12
Un amigo te da	13
Ejercita la memoria	14
Un jardín de amigos	15
Para ser un amigo súper amoroso ..	16
El marco de la amistad	16
Piensa... ..	19



Si siembras amor, cosecharás amor.
Si siembras amistad, cosecharás amistad.
Amigo es el que dice cosas lindas de ti
cuando tú no estás.

El regalo más grande

Cuenta una leyenda persa que aunque era rey, al sultán Abás le encantaba disfrazarse de campesino y salir a caminar entre su gente sin que nadie lo reconociera. Cierta vez, vestido de pordiosero descendió por una larga escalera de peldaños húmedos y oscuros hasta llegar a un pequeño sótano donde había un carbonero que atendía una vieja caldera.

El rey se sentó a su lado y se pusieron a conversar. Cuando llegó la hora de comer el carbonero sacó un trozo de pan negro muy duro y una jarra de agua, y los compartió gustoso con Abás. Al caer la noche el sultán tuvo que regresar a su palacio, pero aquella fue apenas la primera de una serie de visitas que hizo al carbonero, pues habían hecho buenas migas y además le había partido el alma la soledad de aquel buen hombre. El carbonero le contaba sus cosas y él le daba buenos consejos y le brindaba su amistad. El carbonero apreciaba mucho que aquel pordiosero se preocupara por él, y se sorprendía de que su amigo fuera tan sabio a pesar de ser tan pobre como él.

Al cabo de un tiempo el sultán decidió que había llegado el momento de contarle quién era en realidad. En el fondo, temía que se echara a perder aquella amistad, y que al enterarse, el carbonero le pidiera un regalo o un favor.

Entonces el sultán le dijo:

–Tú crees que soy pobre como tú, pero yo soy el sultán Abás, tu rey.

Y se quedó esperando a que el carbonero le pidiera algo. Sin embargo, el viejo carbonero se quedó muy callado, contemplándolo con admiración y absoluta sorpresa.

Entonces el rey le preguntó:

–¿Es que no me has comprendido? ¡Puedo hacerte rico y convertirte en noble! ¡Si me place, hasta puedo ponerte a cargo de una ciudad entera, o nombrarte gobernador de una de mis provincias! ¿Acaso no hay nada que quieras pedirme?

El pobre carbonero le respondió con un susurro:

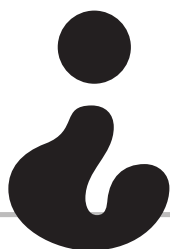
–Sí, mi señor, he comprendido. Lo que no entiendo es por qué abandonaste tu palacio y tu esplendor para sentarte conmigo en este lugar olvidado... bebiste de mi agua en lugar de tomar tu rico vino, y compartiste mi humilde pan duro en lugar de tus manjares, pero sobre todo, te has preocupado por saber si mi corazón estaba contento o triste. Ni siquiera tú que eres rey cuentas con algo más precioso que lo que me diste a mí: a los demás podrás darles presentes muy costosos, pero a mí me has brindado tu propia persona. Lo único que me queda por pedirte es que nunca me quites el regalo de tu amistad.

La amistad no tiene precio, no se compra ni se vende,
sin embargo solo un necio su enorme valor no entiende.

El oro es bello pero frío; nada sabe del amor
ni puede llenar el vacío que al alma causa dolor.

No tiene oídos que escuchen ni corazón que comprenda,
ni palabras que den consuelo o pongan fin a una contienda.

Aunque otros no coincidan tú agradécele a la vida
si en lugar de enviarte oro, amigos y amores te envía.



- ¿Qué fue lo más especial que le dio el sultán Abás al carbonero?
- ¿Por qué la amistad del sultán era tanto más importante para el carbonero que las riquezas y el honor que pudo haberle dado?
- Explica cómo te sentirías si alguien te diera cosas maravillosas pero no te amara ni quisiera ser tu amigo. ¿Preferirías su amistad o sus regalos?
- Habla sobre un amigo que signifique mucho para ti. ¿Puedes imaginarte cómo sería la vida si no tuvieras ningún amigo?
- ¿De qué manera tener amigos nos hace sentir ricos?





Jaimito y los chicos de la calle

Había una vez cuatro huerfanitos: Tomás tenía trece años; Pepe, doce; Marcos, once y Juanito tenía... bueno, nadie sabía cuándo había nacido, pero calculaban que tendría más o menos la misma edad que los otros. Los cuatro muchachitos andaban con una ropa muy vieja y gastada y vivían en el pasillo de un edificio abandonado, todo destartado.

Es cierto que eran pobres, pero tenían a favor algo muy especial... ¡eran muy buenos amigos! Cuidaban unos de otros, de modo que eran ricos en amor y felicidad, consuelo y solidaridad, porque se querían mucho y siempre estaban presentes para apoyarse unos a otros cuando alguno atravesaba un momento difícil.

Todos los días los cuatro se iban al centro de la ciudad a mendigar dinero o comida. Luego se quedaban un rato en la calle jugando a patear una lata, a las escondidas o a algún otro juego.

A veces, cuando las cosas se les ponían muy difíciles, hacían de cuenta que vivían en un palacio maravilloso, con manjares riquísimos y jardines esplendorosos, y que tenían padres que les daban todo lo que querían. Pensaban que con todo eso se podía ser verdaderamente feliz. Sin embargo, un día conocieron a un chico que les hizo cambiar de parecer.

–Ey, muchachos–dijo Pepe–, miren a ese chico rico. ¡Parece que hoy almorzaremos bien! Seguro que nos da dinero para comprar comida.

–Oye, ¿cómo te llamas?

–Eh... eh, Jaimito– contestó, indeciso. Al parecer, estaba un poco asustado al ver que se le acercaban varios chicos de la calle al mismo tiempo.

–¡Debe ser genial ser rico! –le dijo Marcos–. Yo, en tu lugar viviría muy contento. Nosotros somos pobres, pero no estamos tristes, porque nos tenemos los unos a los otros, ¿verdad, muchachos?

–¡Verdad! –dijeron todos a una.

–Bueno –dijo Jaimito con tono triste–, la verdad es que tengo muchas cosas pero no tengo amigos, ni nadie con quien jugar. Pero ustedes tienen algo que yo no tengo: se tienen los unos a los otros. Yo tengo cosas, pero casi siempre estoy solo. Me gustaría tener buenos amigos como ustedes, porque creo que los amigos son más importantes que las cosas.

–¿De veras crees eso? –preguntó Pepe, extrañado.

–Nooooooooo –interrumpió Juanito, riéndose–. Debes de estar loco. Si yo fuera rico estaría tan contento con mis cosas que creo que no necesitaría amigos.

–No sé –comentó Pepe–. Yo no puedo imaginarme cómo sería mi vida sin ustedes... pero, eso sí: ¡me encantaría probar cómo es ser rico durante un rato!

Y todos se pusieron a discutir el asunto hasta a que Jaimito se le ocurrió una idea.

–Mira, Pepe –dijo–. Tú y yo nos parecemos mucho físicamente. ¿Por qué no lo intentamos? Mi padre está tan ocupado que casi no me habla. Estoy seguro de que ni se va a dar cuenta de que no soy yo.

–¡Uy, sí! ¡Sería maravilloso! Podría dormir en una cama calentita, comer cosas deliciosas, vivir en una casa grande... –pensó Pepe en voz alta.

–¿Estás seguro de que te quieres quedar aquí fuera, Jaimito? ¿Seguro que estarás bien? Mira que nosotros dormimos en un pasillo...

–Estoy seguro de que la pasaré bien –dijo Jaimito, convencido–. ¡Me encantan las aventuras!

Así fue que Pepe y Jaimito cambiaron de lugar. Los chicos se divirtieron muchísimo. Pepe estaba impaciente por probar cómo viven los ricos, y Marcos, Juanito y Tomás estaban de lo más

alborotados y muertos de ganas de mostrarle a su nuevo amigo cómo era la vida en la calle. Querían contarle todos sus cuentos y aventuras.

Pero dejemos que Pepe nos cuente el resto de la historia.

Nos montamos todos en el tranvía y nos fuimos para la casa de Jaimito. Por el camino Jaimito me iba explicando todo lo que tenía que saber para hacerme pasar por él.

Cuando llegamos, todos los chicos se quedaron espionando desde la esquina y yo entré a la mansión. Cuando el mayordomo abrió la puerta, me saludó diciéndome:

–Ah, señorito Benítez, la cena ya está servida.

Entré, y me dirigí al comedor, tratando de ser lo más natural posible según las instrucciones que me había dado Jaimito. Me senté en un extremo de la mesa, haciendo un esfuerzo enorme para que no se me fueran los ojos ante los manjares que habían servido. El padre de Jaime se sentó en el otro extremo de la mesa, y tal como había dicho Jaime, era como si no me viera.

Al final de la comida se levantó, y cuando estaba a punto de abandonar la mesa se limitó a decirme:

–Jaimito, ya sé que es el fin de semana pero de igual modo mañana estaré muy ocupado porque tengo que ocuparme de unos negocios. Puedes pedirle a uno de los sirvientes que te lleve en el carro a donde quieras ir. Te veré mañana a la hora de la cena.

–Gracias, padre –le contesté–. No te preocupes por mí, que estaré bien.

Sin darme las buenas noches ni nada, el papá de Jaimito se alejó. En realidad, eso no me molestó; más bien fue un alivio para mí no tener que hablar demasiado, porque seguramente eso me hubiera delatado. Y me dirigí hacia donde ya sabía que estaba el cuarto de Jaimito.

Entré a su habitación y vi su cama enorme tendida con sábanas de seda y almohadas ligeras como nubes. Me habían preparado un baño tibio, así que me hundí en la bañera y lo disfruté al máximo. Esa noche dormí como un tronco; jamás en la vida había dormido en una cama.

A la mañana siguiente me pregunté cómo le iría a Jaimito. Después del desayuno fui a una juguetería y me compré el tren eléctrico que siempre había soñado tener. Pedí que me lo enviaran a casa, y me pasé la tarde armándolo. En cuanto tuve el juego armado hice que el tren diera varias vueltas, hasta que me aburrí. En realidad, jugar solito con el tren no era tan divertido como pensaba ... no es lo mismo cuando no hay nadie con quien compartir la alegría. Eso pensé.

Esa noche empecé a sentirme un poco solo. Me preguntaba si era eso lo que Jaimito quería decirnos cuando nos contó que era mejor tener amigos que un montón de cosas. Apenas habían pasado unas horas y yo ya extrañaba a mis amigos.

Me costó muchísimo dormirme. No podía dejar de pensar en ellos; me preguntaba qué estarían haciendo, y me imaginaba lo mucho que se estarían divirtiendo juntos. Al día siguiente, ni bien me desperté decidí salir a buscar a Jaimito y a mis amigos.

Nadie se dio cuenta, por suerte, cuando salí de la casa. Enfilé hacia el viejo edificio y al llegar encontré a todos jugando. ¡Jaimito se reía a carcajadas, lo estaba pasando de maravillas! ¡Cómo le había cambiado la expresión!

–Jaimito, ¡volvamos a cambiar de sitio! Ya no quiero ser tú. Tienes razón, en realidad no es tan divertido como creía. No hay nadie con quien hablar ni con quien jugar. Yo quiero volver a ser yo mismo, aunque tenga que ser pobre.

Mis amigos me miraron muy sorprendidos.

–¿Quieres volver a ser pobre?

Me eché a reír. Lo que acababa de decir parecía extraño pero estaba convencido de que eso era lo que quería.

Sin la menor gana y muy a regañadientes, Jaimito dijo que volvería a su casa, a su padre. Decidimos acompañarlo. Como de costumbre, el mayordomo abrió la puerta. ¡Vieran cómo se sorprendió al ver ahí a Jaimito, y sobre todo a nosotros cuatro –unos pobres huerfanitos– que estábamos detrás de él!

Jaimito le dijo que éramos amigos suyos y tanto insistió que por fin el mayordomo nos dejó pasar. Mientras lo esperábamos en una sala, Jaimito se dirigió al despacho de su padre y le contó todo lo que había pasado. Le dijo que durante los últimos dos días se había ausentado de la casa y que él ni siquiera se había dado cuenta.

Su papá se sorprendió mucho al enterarse. Se enfadó bastante y lo regañó por haberse quedado en la calle con los niños mendigos, exponiéndose a toda clase de peligros.

Entonces, y para empeorar aún más las cosas, Jaimito nos hizo señas para que pasáramos al escritorio. Tomás, Marcos, Juanito y yo entramos justo en el momento en que Jaimito le decía a su papá:

–Padre, yo no quiero vivir más en este lugar. Tú estás tan ocupado que ni siquiera me sabes reconocer. Prefiero quedarme con ellos, que son mis amigos. Quiero vivir contento y sentirme amado y acompañado. Ellos me han brindado su amistad.

Y uno a uno, se los fue presentando por su nombre. De repente, el rostro del papá se puso muy triste. Parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar. Creo que había estado siempre tan ocupado que no se había dado cuenta de que Jaimito se sentía tan solo. Creía que si le daba todas las cosas que quería, Jaimito estaría contento, pero en realidad no era así.

–Jaimito –le dijo con voz temblorosa–. Yo...Yo te quiero mucho más de lo que te he demostrado... ¡Lamento muchísimo no haber estado aquí contigo como debía!–. Hizo una pausa y agregó: –Tengo una idea. ¿Por qué no invitamos a tus nuevos amigos a que se queden una temporada con nosotros?

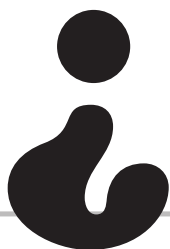
–¿De veras? –preguntó Jaimito, sorprendido.

–Claro, hijo. Tenemos muchas habitaciones libres en la casa, y estoy seguro de que aquí estarán mucho mejor que donde viven ahora.

A Jaimito se le llenaron los ojos de lágrimas. Corrió a darle a su papá el primer abrazo que le daba en muchos años.

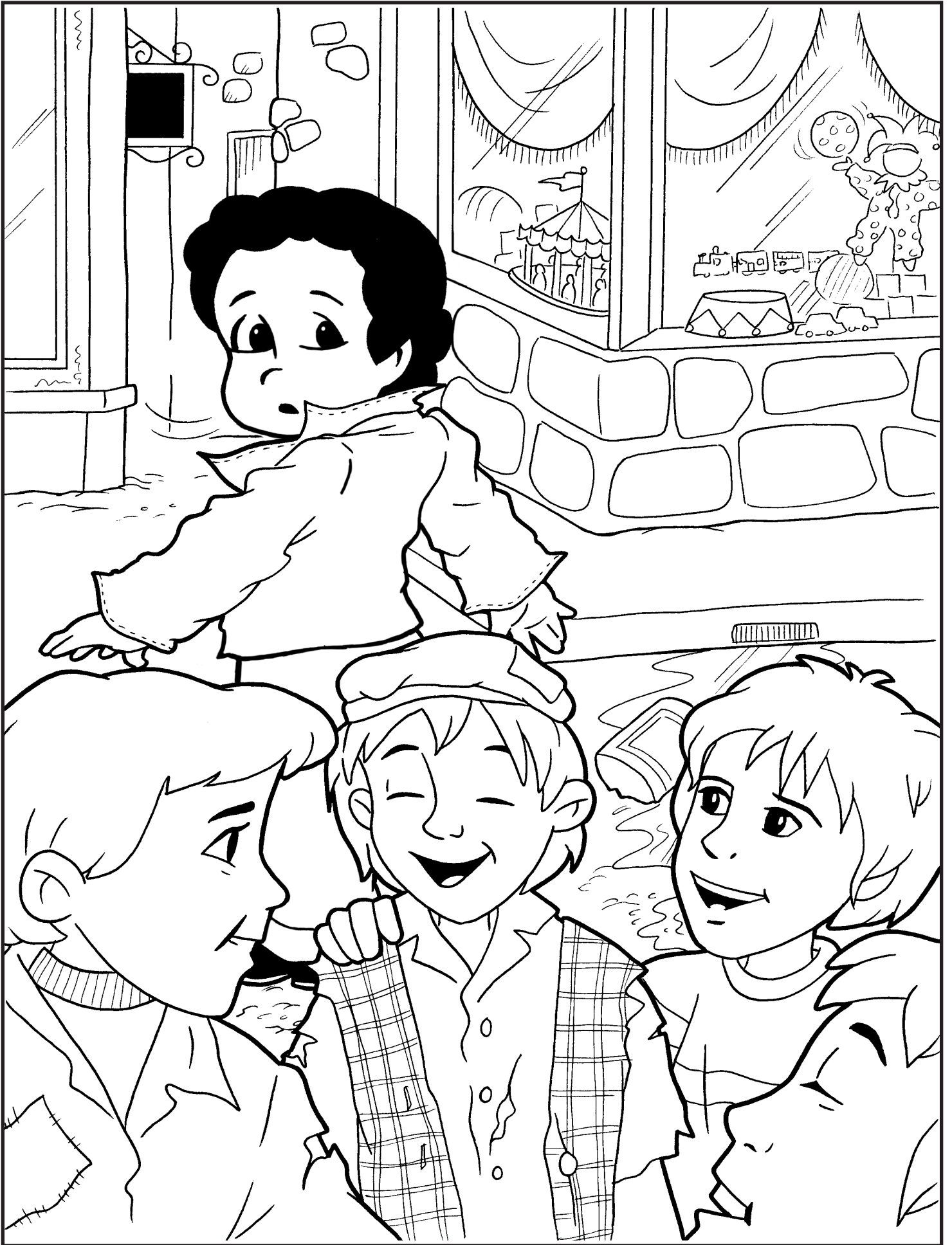
–Gracias, Padre, ¡yo también te quiero! –le dijo, conmovido.

Y así fue que el señor Benítez nos acogió a todos ese día, y nos atendió con el mismo cariño con que atendía a su hijo Jaimito, como si fuera nuestro propio papá. Nos mandó a ponernos todos limpios y guapos, y hasta nos mandó a la escuela donde aprendimos muchas cosas útiles. Y además salíamos a divertirnos con Jaimito, con su papá y con los otros chicos del barrio.



- ¿Por qué eran felices los chicos de la calle?
- ¿Qué sucedió cuando Pepe cambió de lugar con Jaimito? ¿Cómo fue su experiencia y cómo fue la de Jaimito?
- ¿Qué era lo que más apreciaban los dos?
- ¿Qué piensas de la amistad? ¿Cómo se compara con el dinero?
- ¿Qué pueden darte los amigos que el dinero no?





La tortuga que mordía

Linda estaba tirada en la cama sollozando.

–¡Quiero estar sola! –gritó cuando alguien le tocó a la puerta.

–¿Seguro que no quieres salir a pescar conmigo? –le preguntó su papá.

Linda se puso de pie enseguida y se secó las lágrimas con los dedos.

–¡Claro que quiero ir a pescar! ¡Y voy! ¡Espérame!

Más tarde, cuando estaban sentados en el muelle esperando a que picara algún pez, su papá le preguntó:

–Mi amorcito, ¿estás preocupada por algo?

–Ay, papi –respondió Linda–, es que nadie quiere ser mi amigo.

–¿Y tienes alguna idea de por qué? –le preguntó su papá.

–No... –exclamó Linda con rabia–. ¡Son todos unos malos!

–¿Todos? –preguntó su papá arqueando las cejas.

–Pues sí, ¡todos! –insistió Linda–. Y justo cuando se disponía a contarle sus citas, pasó algo inesperado: –¡Aaaaay! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, bicho feo!

–¿Qué pasa? ¿Estás bien, Linda? –preguntó su Papá alarmado y se apresuró a socorrerla. A pocos pasos de allí, una gran tortuga la miraba fijamente, a la vez que abría y cerraba la boca con furia.

–Uf, no parece nada amistosa –dijo el papá, muerto de risa–. No le hagas caso, Linda, y no te hará nada.

Pero Linda temblaba de miedo.

–No me gustan las tortugas que muerden. Vayámonos de aquí. De todas formas no está picando ni un pez.

–Linda –comenzó a decir su Papá, una vez que se habían acomodado en otro lugar. ¿No será que todo el mundo te deja sola porque has estado portándote como esa tortuga que muerde, que mira fijamente y ataca a todo el que se le atravesase en la vida?

–Pero papi –comenzó a defenderse Linda–, es que yo...


–No, no, déjame terminar –la interrumpió su Papá–. Cuando la tortuga comenzó a atacarnos, ¿qué fue lo que hicimos nosotros?

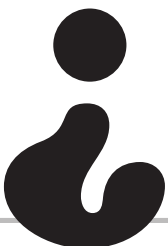
–Nos quitamos de su camino –respondió ella.

–Exactamente. Pues a lo mejor eso es lo mismo que están haciendo tus amigos, alejándose de tu camino y dejándote sola –le dijo su papá–. Si uno quiere tener amigos debe brindar amistad a los demás.

Al día siguiente, cuando Linda volvió de la escuela, era toda sonrisas.

–Tenías razón, papá –le dijo–. Cuando dejé de atacar a la gente, dejaron de alejarse de mi camino.

-
- 
- ¿Por qué Linda no tenía amigos? ¿Cómo resolvió el problema? ¿Y tú? ¿Ofreces tu amistad a los demás, o los ahuyentas como la tortuga?
 - Habla de los amigos que más te gustan. Escoge tres de sus cualidades que te gustaría imitar.
 - Trata de imaginarte qué pudo haber hecho o dicho Linda en la escuela para hacer amigos. Una buena manera de manifestar interés por los demás y conocerlos mejor es haciendo preguntas. Pónganse en círculo y túrnense para hacer una pregunta a la persona que esté a su derecha para conocerla mejor. Procuren no repetir las mismas preguntas.
-





Alguien te necesita

Alguien necesita tu sonrisa,
tu cariño y tu comprensión.
Alguien necesita tu alegría,
o que le prestes atención.

Que lo acompañes cuando llora;
y siempre le tiendas la mano.
Que lo animes y lo alientes
para poder volar más alto.

Alguien necesita tu afecto
cuando se siente triste.
Alguien te está llamando:
busca un amigo, ¿entendiste?

Adaptación del poema de Jacqueline Schiff



Un amigo te da...

Una mano cuando la necesitas;
una sonrisa cuando estás triste;
una mano cuando estás fatigado;
una canción cuando estás contento;
una ayuda en la adversidad;
unas palabras de aliento y esperanza,
¡en que tus sueños se harán realidad!

Un amigo es aquel con quien te la pasas muy bien
en un día lluvioso y gris.
Un amigo, te ayudará
y te hará sentir feliz.
Un amigo te hará sentir
que eres una personita especial.



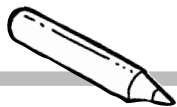
Ejercita la memoria



¡El amor de un amigo es para siempre!

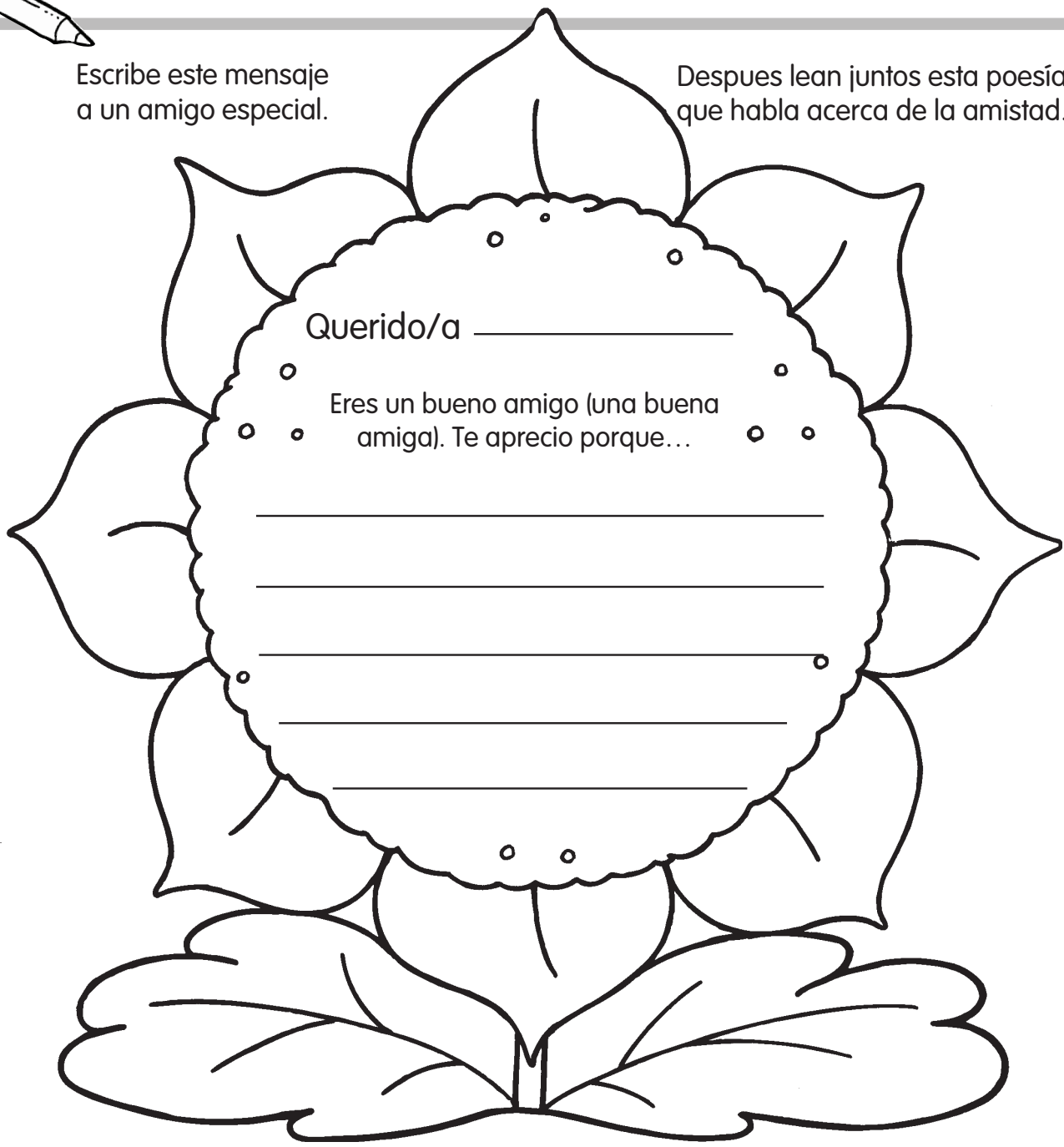
¡Saca el lápiz!

Un jardín de amigos



Escribe este mensaje a un amigo especial.

Despues lean juntos esta poesía que habla acerca de la amistad.

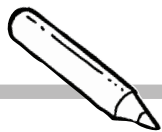


La amistad es un jardín,
de flores exóticas y bellas.
Perfecto será al fin
si cuidas bien de todas ellas.

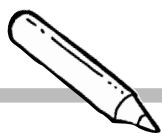
Sin duda te regalará
flores nuevas cada día...
La amistad, como un jardín,
va aumentando su armonía.

¡Saca el lápiz!

Para ser un amigo súper amoroso...

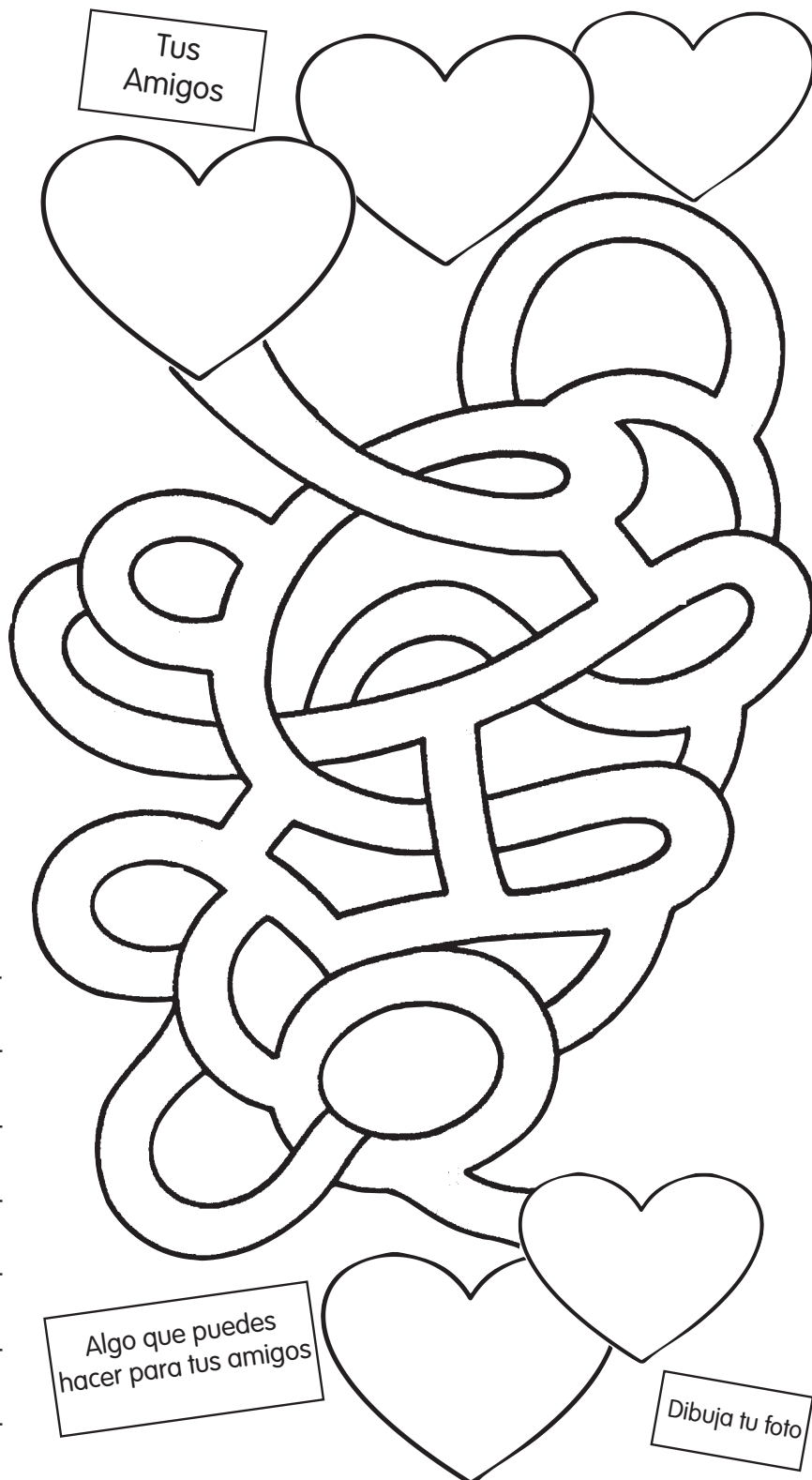


Dentro de estos corazones dibújate a ti mismo y a tres amigos tuyos. En el corazón que se encuentra al final del laberinto escribe algo bonito que quieras hacer por ellos. Ve deslizándote por el laberinto para hacer esta buena acción.



Escribe seis cosas especiales que puedas hacer por algún amigo, y que cada cosa comience con una letra de la palabra AMIGOS:

A
M
I
G
O
S



Algo que puedes hacer

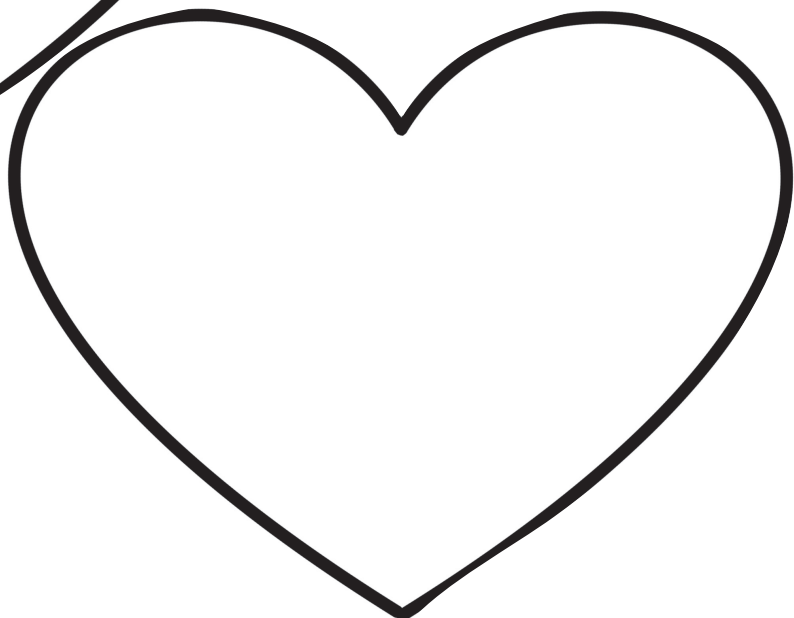
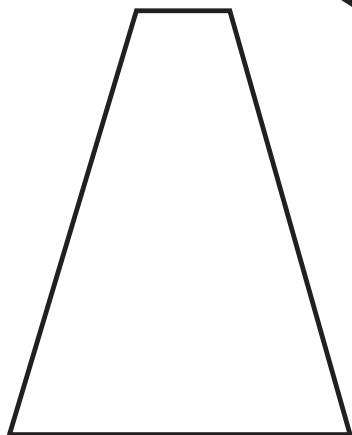
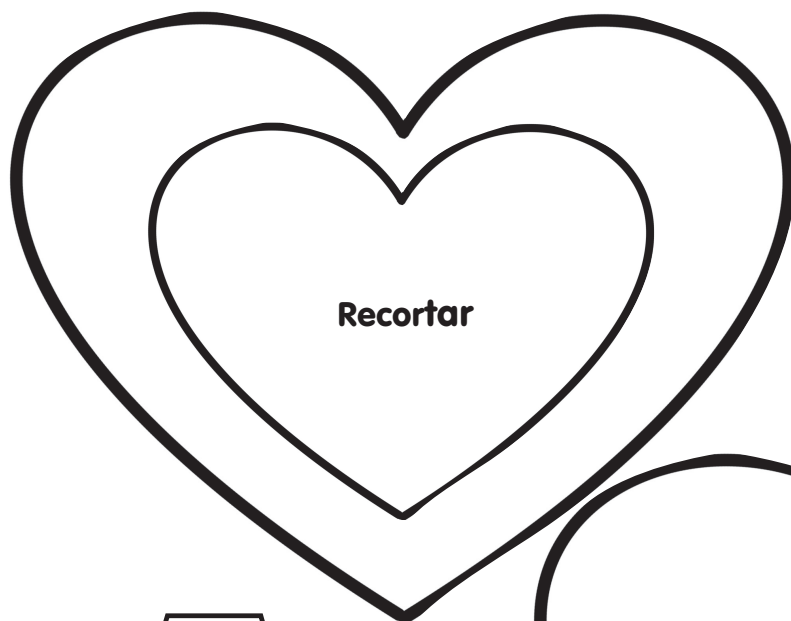
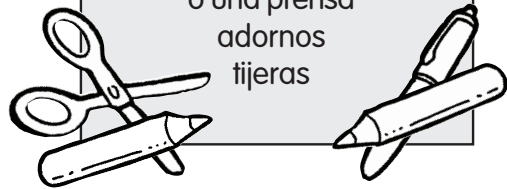
El marco de la amistad

Instrucciones:

- Recorta y monta los corazones en un cartón fuerte.
- Pega o prensa los bordes del corazón en la parte posterior del marco. Deja abierta la parte superior para que puedas introducir allí tu fotografía o tu dibujo.
- Recorta y monta el pie. Prénsalo o pégalo en la parte posterior del marco de corazones.
- Y ahora, decora el marco de corazones como más te guste.
- Puedes usar caracoles, flores y hojas secas, lasquitas de tus crayones, plumones, marcadores, etc.
- Recorta una foto donde estés tú con tu amigo e introdúcela en el marco. Si no tienes una fotografía, puedes hacer un dibujo donde salgas tú con tu amigo.

Materiales:

una foto tuya con un amigo
cartón
pegamento blanco
o una prensa
adornos
tijeras



Piensa...

Eres para mí un amigo especial. De veras. Por eso, cuando veo que te acercas para pasar un rato conmigo, te presto toda mi atención. Te quiero de una forma muy especial. Me encanta que te sientes a mi lado y me cuentes todos tus secretos, tus sueños y las cosas que para ti son importantes... todo lo que tenga que ver contigo me interesa. Me encanta escucharte, y también me encanta conversar contigo. ¡Somos muy buenos amigos!



Formación en valores

Curso para la formación de valores y el desarrollo de la inteligencia emocional y social de los niños, en 20 módulos.

Enseña habilidades para encarar eficazmente las exigencias y desafíos de la vida diaria. Pueden impartirlo indistintamente padres de familia, orientadores, monitores y maestros, en casa, en el aula, en campamentos educativos, colonias de vacaciones, etc. Cada módulo se centra en una virtud, cualidad personal, habilidad social o destreza comunicacional de gran

importancia para adquirir una sana autoestima y disfrutar de una vida gratificante en paz y armonía con los demás.



SBA-KS-S02 - La Amistad

Hecho en México



Distribuido por Prodidsa
Tel. (52-81) 8123-0605 ó 01-800-714-4790
E-mail: prodidsa@prodidsa.com
www.prodidsa.com

